

RESUMEN

4 | CRÓNICA

Ser discapacitados no impide a tres jóvenes expresar su talento creador.

6 | ARTE POPULAR

El reconocido maestro del mate burilado Sixto Seguil cuenta su historia.

8 | TURISMO

Los múltiples atractivos turísticos de la provincia de Palpa, en Ica.

12 | PERFIL

Un sentido homenaje al desaparecido periodista Manuel Jesús Orbeagozo.

16 | EL OTRO YO

Mitsuharu Tsumura afirma que la paciencia y la humildad son las mayores virtudes que debe tener un cocinero.



PORTAL



CREACIÓN. Los trabajos en mate burilado del maestro Sixto Seguil destacan por su belleza y originalidad.

FOTO: Jack Ramón Morales

DIRECTOR FUNDADOR : CLEMENTE PALMA

DIRECTOR (E) : JORGE SANDOVAL CÓRDOVA
 EDITOR : MOISÉS AYLAS ORTIZ
 EDITOR DE FOTOGRAFÍA : JEAN P. VARGAS GIANELLA
 EDITOR DE DISEÑO : JULIO RIVADENEYRA USURÍN
 DIAGRAMACIÓN : CÉSAR FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ
 TELÉFONO : 315-0400, ANEXO 2030
 CORREOS : VARIETADES@EDITORAPERU.COM.PE
 MAYLAS@EDITORAPERU.COM.PE

Variedades es una publicación del Diario Oficial

El Peruano

2008 © TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.

MANUEL BACA, CONSTRUCTOR DE INSTRUMENTOS

Retorno a las cuerdas

Una enfermedad lo mantuvo alejado cinco años y hoy, el *luthier* abancaíno Manuel Baca, considerado uno de los mejores constructores de guitarra del país, retoma su actividad buscando el equilibrio entre graves, medios y agudos.

ESCRIBE/FOTOS: JOSÉ VADILLO

“**A**quí, cualquier artesano que está aprendiendo a hacer guitarras se hace llamar *luthier*”. Manuel Baca está indignado; sube lentamente las escaleras de su casa, aquí en el kilómetro 14 y medio de la Túpac Amaru, apoyándose sobre un bastón. Baca lleva algunos unos meses reencontrándose con su taller, en el tercer piso de su casa; con sus herramientas; con las virutas que quedan en este ejercicio de arrancarle a los maderos formas de sirenas cantoras; de guitarras, charangos, mandolinas...

—*Luthier* no es cualquiera —continúa cuando llegamos al segundo piso—, es un término que define a quienes tienen la capacidad y conocen la técnica para construir cualquier instrumento de cuerda, no solo guitarras. Y este artesano abancaíno se ha ganado, a puro golpe de trabajo, el título de *luthier*, de maestro constructor de instrumentos de cuerda.

Se sienta sobre un poyo e ironiza: “Algunos me daban por muerto”. Cerca de un quinquenio de ausencia para un constructor de guitarras es una eternidad en estos tiempos del mercado y de la competencia. Casi un suicidio laboral. Cinco años en que sus instrumentos se llenaron de polvo y también su fama.

Ese silencio laboral se lo debe a la diabetes, comenta. Cinco años también que vive solo y sus hijos lo visitan cada

fin de semana. Baca ha perdido varios kilogramos, sí, ya no luce vigoroso, como en la foto que cuelga sobre la pared, y se la tomaron para la sesión de una revista ya desaparecida.

...

Nació “en la tierra de Tulio Loza”, Abancay. Llegó a Lima muy niño, un día que se escapó de su pueblo junto con su primo. Recuerda que le decían cholito, que solo sabía hablar quechua, y se le abren los ojos cuando recuerda que se tiraba a un costado de la pista cada vez que veía un automóvil pasar a toda velocidad. Pero Manuel Baca ya estaba enamorado de las formas de las guitarras. Porque lo suyo es genético. En Abancay, había aprendido a hacer charangos solo viendo a su abuelo, Feliciano Escalante, que hacía de todo, violines, sombreros, chicotes.

A los siete años de edad se hizo un “hualachito”, un charango pequeño y chillador que empezó a alquilarlo a un sol con cincuenta centavos. Su padre era herrero y en sus ratos libres sacaba su guitarra para cantar a dúo con la mamá de

Manuel, que también tocaba el rondín y hacía llorar y reír con sus huainos. Y en el colegio, antes de huir rumbo a Lima, a Manuel Baca ya le llamaban científico, porque siempre era inquieto, tratando de hacer cosas, moldeando su futuro.

...

En Lima, Baca empezó ayudando en una casa, pero no le gustaba esa labor y se





hizo ayudante de una carpintería en el Callao. Como era de la Sierra, le pusieron por chapa "Machaguay", y a los 14 años no solo lijaba: sabía encharolar y a escondidas hizo de una pata de ropero una voluta de violín. Después, pasó a una empresa donde, cada noche, también aprendió a manejar a escondidas los carros. Se hizo técnico de cocinas; pasó el tiempo y con un brevete llegó a ser chofer de la Línea 40, pero siempre le llamaba su vocación por las guitarras.

Ya vivía en un lotecito que invadió con su esposa en Collique, Comas, y tenía hijos, pero un buen día se asoció con un constructor piurano, "que hacía guitarras a base de clavo", y empezó en el negocio para el que estaba signado. "¿Cómo, ya no trabajas como chofer?", le preguntó su mujer. "Mientras no te falte un pan en tu mesa, tú no te preocupes", recuerda que le dijo a ella y empezó a construir guitarras.

Primero, como el piurano, hacía guitarras clavando la tapa y la base con clavos. Luego, aprendió que así no eran las cosas. Su búsqueda de una mejor guitarra con un sonido perfecto lo llevó a buscar a los maestros constructores, "pero casi todos son celosos y no enseñan nada, solo desde la puerta

me decían cualquier cosa cuando les preguntaba"; también se relacionó con los concertistas (en uno de los dos estantes de su segundo piso hay un póster desvencijado con el rostro del guitarrista clásico español Andrés Segovia). Ahorraba su dinero para ir a los conciertos de los guitarristas extranjeros en los teatros. Trabajó con mucho ahínco con una guitarra y se atrevió a llevarla a un maestro del Conservatorio Nacional de Música. Lo miró despectivamente hasta que, para echarlo, probó la guitarra que le alcanzaba el constructor y se quedó sorprendido, ¿tú has hecho esta guitarra? Ahí empezaron a reconocerlo, a tratarlo distinto.

"La gente no sabe lo que es la música", me dice mientras recuerda el sonido de los violines Stradivarius que ha tenido el placer de escuchar en su vida. El segundo piso es casi desierto. En una pared cuelga un diploma, un rostro de Jesús. En esta misma banca se sentó Manuelcha Prado para probar y llevarse una guitarra igual que muchos alumnos del Conservatorio; Pedro Arriola, del grupo Yawar, llegó muchas veces para probar y llevarse charangos. Y ahora, ni bien se enteró de que Baca ha vuelto, los ha encargado nuevamente.

De uno de los dos desvencijados estantes, el *luthier* saca varios planos, porque para Baca el constructor profesional de instrumentos de cuerda debe de trabajar con planos. Si bien dice que la guitarra perfecta solo es facultad de Dios, explica que uno se puede acercar a ella basándose en el estudio. Es de los que creen que las mejores guitarras se hacen a base de las maderas de palisandro, caoba, nogal. "Los europeos han logrado destilar muy bien esas maderas, y por eso se logran dulces sonidos", comenta Baca, quien considera que el desaparecido fabricante de guitarras Alejandro Huertas, un provinciano como él, es uno de los constructores de los que más aprendió y al que menos crédito se le dio en vida.

Baca ha tenido algunos ayudantes, "pero los chicos se van rápido, es lo común, creen que lo saben todo y se van. No se perfeccionan y no avanzan". Me dice que de sus cinco hijos, el que tiene "excelente mano" para la construcción de guitarras es el arquitecto. A veces lo ayuda cuando lo visita, pero no lo toma como un oficio. Tal vez su oficio se vaya con él, pero quedarán como muestras sus guitarras y charangos que ha vuelto a hacer, para felicidad de los conocedores.